caídas, como parece en el de Nabuchodonosor, Alexandro Magno, los persas, asirios, medos y romanos (como decimos en otra parte) y se verifica también en este gran monarca Motecuhzuma y en el Perú, en Atahualpa, rey inca. Y dicen los que mejor entendieron este caso que más perdieron los españoles con la muerte de Motecuhzuma que sus propios indios, consideradas las muertes y destrozos que después se siguieron, porque los nuestros anduvieron fugitivos y bien cercanos a la muerte y los indios se quedaron por entonces en sus casas y eligieron nuevo rey.

Fue Motecuhzuma hijo del gran rey Axayacatl y sobrino de los reyes Ahuitzotl y Tizoc, que antes de él reinaron y después de la muerte de su padre acrecentó su imperio y lo tuvo en gran prosperidad. Fue muy liberal para con todos y muy franco y dadivoso con los españoles; fue muy templado en comer, tuvo muchas mujeres y procedía con ellas con templanza, tratábalas bien, honrábalas mucho. Fue justiciero, no perdonaba a nadie, aunque fuese su hijo; fue muy devoto y curioso en su religión; sabio en paz y en guerra, aunque dice Gómara que cuentan que fue sabio y añade: y a mi parecer o fue muy sabio, pues pasaba por las cosas así, o muy necio, que no las sentía y a la verdad no fue sino lo primero, porque si sufría, era más no poder y por entender que con sufrimiento vencería sus trabajos, que es muy de cuerdos darles soga cuando de no darla crecen y prevalecen. Venció nueve batallas campales; fue grave y severo y cuando salía en público iba muy acompañado y holgaba el pueblo de verle. Servíase con mucha grandeza y ceremonias. Quiso mucho a los castellanos, a lo que exteriormente se comprehendió (como decimos en otra parte). Dende a poco que se llevaron el cuerpo de Motecuhzuma, dice Herrera que dijo Cortés a los capitanes, que pues era justo que le enterrasen como convenía a tan gran rey y eligiesen sucesor, que para entender en dos cosas tan importantes como éstas, que se dejasen las armas entre tanto, porque él se quería hallar a sus honras y que por su respeto no les había hecho mayor guerra. Respondiéronle que no tratase de aquello, sino que se fuese, y otras muchas libertades, para que saliendo le pudiesen coger entre puertas (como dicen) y con esto se acabó la plática.

CAPÍTULO LXXI. *De cómo Fernando Cortés se sale de Mexico de noche no habiendo podido salir de día, y del peligro en que se vido y gente que le acometió*

IENDO FERNANDO CORTÉS que su remedio consistía en las manos, salió con tres mantas que habían hecho en el alojamiento y con sus ruedas, llevaban treinta hombres a cada una, cubierta con tablas gruesas de tres dedos. Fue la primera por la calle de Tacuba, que es la más principal de la ciudad. Al principio se maravillaron los indios de ver aquellas máquinas, yendo las otras dos por otras dos calles. Salió Fernando Cortés con los castellanos y tres mil tlaxcaltecas; comenzaron a arrimar

escalas, desde los ingenios subían a las azuteas bajas y al principio iba la cosa bien; pero cargaron tantos indios y fue tan grande la furia de las pedradas, tirándolas de tres y cuatro arrobas, que maltrataron a los que iban en los ingenios y rompieron las tablas; y aunque otras veces habían tirado piedras, jamás fue como entonces, y sin poderse aprovechar del artillería y arcabucería, fue necesario que se retirasen los castellanos casi huyendo, llevando muerto uno de sus compañeros y muchos heridos, quedando muy soberbios los mexicanos; y aunque los tlaxcaltecas solían responder a las cosas que siempre decían, esta vez callaron viendo su negocio en mal estado y Cortés bien afligido y arrepentido de no haberse ido cuando pudiera. Animosamente consolaba la gente y la daba esfuerzo y viéndose muy apretado de la hambre y conociendo que aquel negocio iba sin remedio, volvió a llamar a los capitanes mexicanos y díjoles que hacían mal en tratar mal a los huéspedes, que cesasen las armas, porque si no les haría el mal que pudiese y que advirtiesen que los tlaxcaltecas los convidaban con paz y amistad contra ellos. Respondieron que ya sabían que no eran dioses sino hombres mortales, usurpadores de lo ajeno, que mataban con la ventaja de las armas, pero que ellos eran tantos que los acabarían. Es propio de animosos y valerosos capitanes mostrar valor y industria en las mayores necesidades y peligros; y así este valeroso capitán Fernando Cortés (digno, a mi ver, de ser contado por el décimo de la fama) mostró su animosidad y industria en este tiempo que él y los suyos estaban en tanto extremo y a punto de perderse, acorralados y cercados dentro de su aportillado fuerte y sin esperanza de ningún socorro sino el de sólo Dios. Esforzado con esta esperanza y con su valeroso ánimo, viendo también la rabia de los enemigos, que era mucha la hambre que pasaban y que no había munición, porque les faltaba la pólvora y pelotas y no tenían almacén y estaba aportillada la casa, en cuya guarda se ocupaban muchos soldados y que todas estas cosas eran bastantes para desamparar a Mexico y amparar sus vidas, trató con los capitanes y con un soldado principal, que se llamaba Botello, que le había dicho muchas cosas de las que le habían después sucedido, que se saliesen aquella noche con secreto, pues los indios no peleaban de noche. A unos pareció bien; otros lo contradijeron, juzgando que por estar las puentes abiertas y ser la noche muy obscura, iban en peligro. Botello, que tenía crédito con Cortés, le dijo que si peleaba de noche con Narváez, les vencería; afirmó que convenía salir y que supiesen que moriría él o su hermano y algunos de la compañía y que se salvaría el capitán y otros muchos y ninguno si salían de día. Hicieron diversos consejos sobre ello y al cabo, animosamente, conociendo la necesidad en que estaban, no teniendo esperanza, sino en el propio valor y viendo que su salvación consistía en la victoria, se determinaron de partir luego. Armáronse y mandó Cortés a Juan de Guzmán, su camarero, que abriese una sala donde tenía el oro, plata, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante de los alcaldes y regidores tomasen el quinto del rey sus oficiales; y mandó también publicar que los que quisiesen tomasen del tesoro que había a su voluntad, que fue su cuchillo, porque el que menos tomó salió mejor del caso; y Fer-

nando Cortés pidió por testimonio, de cómo no podía el rey dejar de perder aquella noche su quinto y dijo a los oficiales reales que lo tomasen y salvasen si pudiesen, y los que más tomaron del tesoro fueron los del campo de Narváez, que se juzgó valía setecientos mil ducados, aunque muchos afirman que Cortés dio una yegua a los oficiales reales para que la cargasen del quinto del rey, la cual se perdió con ello y también los libros de la cuenta y razón de la real hacienda y los memoriales y escrituras pertenecientes a todo lo sucedido desde que Cortés salió de Cuba. Había Cortés mandado avisar a todos y ordenó a Alonso de Ojeda que mirase los aposentos, que no quedase ningún enfermo, ni dormido. Acordóse que a uno llamado Francisco aquella noche le dio frío; subió a una azutea, hallóse dormido, tiróle de los pies, díjole que mirase que se iban y si se quedaba le matarían; diose priesa y alcanzó la compañía. Llevaba Cortés una puente, porque sabía que las de la ciudad estaban quebradas. Dio la vanguardia a los capitanes Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones, con doscientos hombres y veinte caballos. La retaguardia a Pedro de Alvarado, Christóbal de Olid, Diego de Ordás y Juan Velázquez. Cortés gobernaba lo demás del ejército. La puente llevaban cincuenta hombres, con el capitán Magarino, todos escogidos y juramentados de morir; y si como llevaron una puente, fueran tres, pocos se perdieran. Llevaban un hijo y dos hijas de Motecuhzuma y otro su hermano y algunos señores que tenían presos, con intento de servirse de ellos de medio para cobrar la ciudad; tomó para sí cien soldados escogidos para acudir a las necesidades. Los de a caballo tomaron a las ancas a los heridos y enfermos y de esta manera salieron con silencio. No fueron sentidos, hasta que Magarino puso su puente sobre el primer ojo u acequia de este primer lugar, que se llamaba Tecpantzinco y habiendo pasado cuasi todos esta acequia, que era al punto de la media noche, una mujer que iba por agua al mismo foso violos cómo iban en silencio y todos ordenados y luego dio voces, llamando a los mexicanos para que saliesen contra sus enemigos, que secretamente se iban huyendo. A las voces de esta mujer despertó una de las velas que estaban en centinela, en una de las torres del cu y templo de Huitzilopuchtli y dando voces a todos los de la ciudad para que se pusiesen en arma, tiráronles muchos tizonazos y acudieron infinitos indios en un momento, como no tenían para qué detenerse en armarse; peleó con ellos valientemente, mató muchos, puso bien la puente, pasó el ejército y los indios amigos. Habían acudido en el entretanto a las otras puentes infinitos mexicanos; procuró Magarino levantar el pontón, no le pudo sacar porque afijó mucho y los enemigos le cargaban, metiéndose en canoas y por tierra y hirieron a muchos de los cincuenta compañeros. Era grande la grita diciendo: mueran los perros cristianos. Llegaron al segundo ojo de la calle de Tlacupa, llamado Toltecaacaloco (porque en ésta había tres no más y en la de Iztapalapan siete) y no había más de sola una viga y no ancha y los de a caballo no podían pasar por ella; y como aquí cargó la fuerza del enemigo, fue miserable el estrago que se hizo en los cristianos y tanto el que ellos hicieron en los mexicanos, que con los cuerpos muertos se cegó el ojo, y Cortés no se descuidaba,

porque hacía el oficio de soldado y de capitán valerosamente. Halló por un lado de esta acequia un vado y pasó por él, con el agua a la silla y pasaron los de a caballo y algunos de a pie. Volvió al agua, y peleando en ella dio lugar a que muchos de a pie pasaran por la viga, quedando muertos y ahogados muchos castellanos. Llegaron al tercer ojo, adonde Gonzalo de Sandoval estaba ya peleando y volvió a Cortés, díjole que no era mucha la gente que defendía el tercer ojo, pero que los soldados estaban desanimados y convenía que acudiese con su presencia. Pasó la vanguardia, dejóla a cargo de Juan Xaramillo y volvió a ver cómo andaba Alvarado en la retaguardia. Topóle Christóbal de Olid, dijo que Alvarado estaba en peligro; pasó el ojo peleando, topó con Alvarado y certificándole que aunque quedaban muchos muertos, habían ya pasado los vivos, fueron adelante; espantosa cosa fue el aprieto que hubo en este paso y lastimosa e oír a los castellanos: aquí, aquí; ayuda, ayuda, con la escuridad de la noche. Los que parecían en el agua decían: socorro, que me ahogo. Los presos: ayuda que me llevan. Los que morían: Dios sea conmigo, misericordia. Los vencedores decían: mueran, mueran. Y de esta manera todo era grita, confusión, heridas, muertes, prisiones, espanto, angustias y gemidos. Habíase reducido la batalla en la última puente y como Cortés, por hacer espaldas a su gente, se había quedado atrás oyendo la grita, acudió con cinco caballos, violo todo confuso y perdido, muchos muertos, ahogados y presos; oyó dolorosas voces de los que morían y aunque algunos peleaban, no había hombre con hombre. Peleó lo que pudo, animólos y concertólos. Alvarado que iba detrás y era muy cargado y resistía valientemente, su mayor cuidado era dar priesa en animar a que le siguiesen y también menear las manos y ya todo era pasar sobre cuerpos muertos y oír dolorosas voces; pero aumentándose los enemigos y creciendo su furia, grita y rabia, viendo que ya no se podía más hacer y que era el último remedio la muerte y no habiendo paso en aquel ojo, sino el de el agua adonde era cierto el peligro de ser ahogado o muerto o preso de los que andaban en las canoas, que eran infinitos, arrimándose en su lanza, saltó de la otra parte de el agua, con gran admiración de los que lo vieron, así castellanos como indios y con su ejemplo probaron muchos; pero ninguno alcanzó. Algunos se ahogaron, otros salieron de el agua con dificultad. Llamáronle desde entonces Alvarado de el Salto y al paso el Salto de Alvarado, porque era tan ancha el acequia o arroyo, que admiró siempre a cuantos lo vían y espanta a todos los que hoy día lo ven. Era natural de Badajoz, hijo de el comendador de Lobón.